

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo, y ha sido escrito por Salvador Herrero ©.

© Derechos de edición reservados.

Salvador Herrero.

www.salvadorherrero.com/es

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Salvador Herrero

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kátsar

Capítulo IV : Foeste

por

Salvador Herrero

A

vezes me pregunto qué es lo que verdaderamente significa decir que algo es difícil o fácil. ¿Quién decide lo que es una cosa u otra? ¿Es fácil porque no me cuesta demasiado esfuerzo hacerlo? ¿Porque tal vez disfruto haciéndolo? ¿O lo es porque cualquier otro ni siquiera sería capaz de imaginar cómo comenzarlo? Hay veces que acabo preguntándome por qué hago lo que hago y por qué lo hago de esta manera en especial. Y en todas y cada una de ellas una conclusión me ronda de repente: me da exactamente igual.

Lo que busco detrás de todo esto es la emoción del espectáculo. Un espectáculo que justifica el antes, el durante y el después. Un espectáculo de un delicioso y adictivo sabor, creado para un único y exquisito paladar: el que se esconde tras mis labios. A veces dulce y a veces amargo. Otras veces atrevido. Y otras veces, extremadamente arriesgado. Pero, ¿qué es la vida sino riesgo? ¿Y qué es el riesgo sino la prueba de que estamos vivos?

El espectáculo que he preparado hoy es muy distinto al de los habituales. En cierto modo, puede que sea por las características del escenario. La imagen nocturna del interior de este inmenso astillero me hace sentir un ligero escalofrío en la espalda. Pero no es malo. No, no es nada malo. Todo lo contrario. Es maravilloso volver a disfrutarlo una vez más.

A través de los intensos cabellos pelirrojos de mi largo flequillo, mis ojos celestes apuntan hacia adelante y se posan sobre los anchos pasillos de esta planta elevada. Al otro lado de sus barandillas y suelos de entramados metálicos se observa una caída de por lo menos veinte metros. Tenso mis párpados mientras acaricio la pálida piel de mi barbilla con la punta de los dedos. Entre una pasarela y la siguiente se encuentran cientos de rompecabezas edificados con cajas y embalajes de distintos tamaños. El techo todavía queda a una altura considerable. Y de éste pendían de vez en cuando varias cadenas enganchadas de largos raíles. El camino de vuelta hasta esta pequeña habitación situada en uno de los extremos ha aclarado mis ideas. Doy un paso hacia atrás adentrándome en ella mientras estiro el brazo para cerrar la puerta. Me doy la vuelta y le miro con repentina seriedad.

Bajo la luz de un oxidado candil aquel tipo sentado sobre una silla de madera no parece tan duro. No lo parece si omitimos que me saca más de una cabeza de altura y que el diámetro de sus brazos tatuados es mayor que el de mi cintura. Pero todo está bajo control. Está inconsciente y maniatado. Y supongo que si sospechara lo que está a punto de suceder, preferiría continuar estándolo.

Camino hacia él con decisión y detengo mis pasos frente a su cuerpo levemente inclinado para darle una tremenda bofetada con el reverso de la mano. Apuesto a que me ha dolido más a mí que a él. Y poco a poco voy notando que estoy en lo cierto

cuando ladea la cabeza y vacila entre parpadeos. Alza la barbilla y trata de enfocarme con sus perezosas pupilas.

— ¿Dónde estoy? — Balbucea hasta recuperar la nitidez —. ¿Qué es este lugar?

Alzo la rodilla y aterrizo el talón de mi bota sobre su rótula para comenzar a retorcerlo mientras acerco mi rostro al suyo hasta casi rozar su nariz con la mía. El hombre abre los ojos de repente y sus pupilas se encojen al sentir un despertar similar al de un cubo de agua helada.

— ¿Quién eres? — Me pregunta. Como si fuera a contestarle.

— No he podido evitar fijarme en tu magnífico historial, Umrot. Robos, extorsiones, asesinatos... Definitivamente, succulento — concluyo mientras el celeste de mis ojos irradia una profunda codicia.

— Maldita Kristin — responde con desprecio cuando comprueba que sus manos tras el respaldo no van a desatarse con un simple tirón.

— Los tipos como tú se guardan las espaldas oteando su entorno, escuchando susurros, manteniéndose alerta de posibles visitas... inesperadas. Me pregunto si habrás oído lo que yo quiero oír ahora — Umrot echa un corto vistazo a su alrededor para volver a centrarse en mí. De pronto todo parece cobrar el sentido que se merece.

— Yvette — susurra con rencor un nombre sin rostro. Y comienza a reírse. Retiro mi pierna y le aniquilo con la mirada.

— ¿Qué te resulta tan gracioso?

— Tu delicada apariencia es muy distinta a como la gente te imagina. Tu reputación se va a hacer añicos cuando la gente sepa cómo eres en realidad.

— ¿Qué te hace pensar que vas a sobrevivir a esta noche?

— Puedes cobrar la recompensa sobre mi pellejo tanto estando vivo como muerto. Si no me has matado aún es porque necesitas algo de mí. Y no pienso decírtelo sin haberte puesto al borde de la muerte antes — me dice con rotundidad mientras se centra en ocultar en vano un sutil movimiento de muñecas —. Mírate: tan frágil... tan distinta... Cuentan que no eres más que un experimento fallido. ¿Crees de verdad que vas a convencerme para que te diga lo que quieras? — Me acerco rápidamente al extremo de la mesa sobre la que descansa mi ballesta junto a tres viroles para coger uno de ellos y clavárselo en el muslo.

— ¿Dónde está Kátsar? ¿Dónde se esconde? ¡Dímelo!

— ¿Kátsar? — Me pregunta tras contener un grito apretando los dientes para justo después volver a sonreírme — . ¿Quién es ese tipo?

— Dicen que porta una espadón muy peculiar. Un arma que parte en dos lo que ose rozar su filo — añado sin provocar una respuesta en él — . ¡Contesta! — Grito mientras aprieto el virote en el interior de mi mano y lo retuerzo en lo más profundo de la herida repetidas veces.

— ¿Eso es todo? — Me pregunta tras soltar un corto gruñido — . ¿Crees que me durarías más de un segundo si lograra desatarme? No, no lo creo. No eres más que una frágil rata de laboratorio. Y voy a asegurarme de que entiendas cuál es tu verdadero sitio en este mundo — sus brazos se liberan, mi mano suelta el virote y su figura se levanta.

Mi mirada se alza a la par que la comisura de sus labios. Su rostro se oscurece al eclipsar con su nuca la luz del candil mientras me dedica la más brillante y perniciosa de sus sonrisas. Su brazo se extiende tratando de agarrarme del cuello. No voy a permitírselo.

Inclino el cuerpo hacia atrás comenzando una pируeta, apoyo las manos sobre el suelo, sigo retrocediendo y me levanto para completarla. Recojo rápidamente la ballesta y los dos viroles restantes para situarme con agilidad al otro lado de la mesa. Umrot da un paso al frente, la agarra por el lateral y la empuja con fuerza volcándola hacia mí. Escapo rodando hacia un lado mientras cargo el arma acercándome a la puerta, la abro y me detengo para apuntarle. Demasiado tarde. La figura del corpulento delincuente se abalanza hacia mí dirigiendo hacia mi corazón la punta del virote ensangrentado que ahora sostiene en su mano.

Ruedo de espaldas atravesando el umbral de la puerta y el eco metálico de mis pisadas me acompaña de cerca durante la huida. Umrot sale de la habitación buscándose con la mirada y empieza a perseguirme. Sus ojos me desprecian, pero en seguida cambian de expresión al observarme apuntarle de nuevo sin detenerme. Disparo. Él se echa a un lado y cambia rápidamente de dirección para esquivarlo y avanzar a través de un pasillo paralelo al mío. La imagen de cada uno se oculta tras una alta montaña de cajas apelotonadas. Volvemos a vernos durante un instante y nos perdemos de vista. Acelero mis pasos y vuelvo a ver su silueta tan sólo durante un segundo. Cada vez le siento más cerca. Pero de repente decide alterar su ruta. Ha debido percibirse de la mía en dirección a la escalera de bajada. Giro al concluir el pasillo y por fin puedo verla a lo lejos. Exprimo cada fibra de mis músculos durante los últimos metros cuando un fuerte ruido interrumpe mis pasos. Uno de los grandes embalajes en un lateral estalla en pedazos y Umrot surge de él interponiéndose en mi camino.

Nuestras miradas se enfrentan. Pero la suya incide con mayor presión. Sus pies caminan lentamente hacia mí y mis talones imitan sus movimientos tratando de mantener la distancia. Tan sólo me queda un único disparo y no puedo permitirme errar. Echo un rápido vistazo hacia atrás y continúo retrocediendo. Recargo la ballesta mientras él gira el virote en el interior de su mano una y otra vez. Poco a poco logra acorralarme en el final del pasillo. Mi única salida es la estrecha pasarela metálica detrás de mí, cuyo final concluye con el comienzo de unos largos tablones de madera que penden desde su centro de una larga y rígida cadena que cuelga del techo.

— Te atrapé, pequeña rata de laboratorio — me dice con tono triunfante —. Dime, ¿qué se siente al estar al otro lado? ¿Qué se siente al ser conocida por tus exquisitas e ineludibles trampas y acabar cayendo en una de ellas?

Le muestro mi rostro de indiferencia y rozo con mi mano libre la barandilla de la estrecha pasarela para seguir retrocediendo sin perderle de vista. Esto no ha terminado aún. El camino de entramado metálico llega a su fin y la suela de mis botas se apoya sobre la superficie de madera. En pocos pasos cruzo el largo tablón y me detengo en su centro para agarrarme de la cadena.

— ¿Crees que soy estúpido? — Me pregunta con arrogancia —. Aunque considerando tu situación actual no me sorprende verte reaccionar haciendo lo que mejor sabes hacer. ¿De verdad piensas que voy a caer en tu trampa? ¿Crees que no me he dado cuenta de que sólo te queda un disparo? ¿Y que si cruzo esta estrecha pasarela tendrás un ángulo perfecto para matarme? — Mira rápidamente a su alrededor y algo llama inmediatamente su atención. La palanca que controla el mecanismo de la cadena se encuentra a pocos metros de él, junto a una montaña de embalajes de madera apilados y frente a una caja más pequeña de color oscuro —. ¿A qué altura crees que te encuentras? ¿Quince metros? ¿Tal vez veinte? ¿Crees que sobrevivirías ante una caída así? — Me pregunta acompañado de una maquiavélica mueca —. Sería una verdadera lástima morir así — comenta mientras se aproxima a la palanca —. Sería una pena morir habiendo estado tan cerca de conseguir tu objetivo. Sobre todo, sabiendo que el espadón del que hablabas fue avistado en Brionne por un grupo de atracadores ineptos, que huyeron poco después en el primer barco que vieron zarpar al temer ser encontrados. Al final del día siguiente acabaron en estos muelles, pagando muy poco y hablando demasiado — sus ojos se posan sobre el celeste de los míos y su mano sobre el azul grisáceo de la barra metálica —. Adiós, Yvette.

Umrot tira con fuerza y activa el mecanismo. Se escucha el ligero golpeteo de numerosas piezas revolviéndose bajo sus pies seguido de un inesperado chasquido. El metal de una fina, larga y afilada espada surge de entre la junta de dos embalajes y dibuja un rápido movimiento circular para volver a ocultarse entre ellas. El tipo duro cae de rodillas para desplomarse después sobre el suelo. Su cabeza se despega del cuello y rueda hasta detenerse al chocar contra una pequeña caja oscura.

Engancho la ballesta en un lateral de mi cinturón, me acerco hasta detener mis pasos junto a la caja. La abro e introduzco la cabeza en su interior para cerrarla después y bloquear su diminuta cerradura con mi llave. Deslizo mis dedos por su asa y la sostengo en una mano mientras le dedico una sonrisa victoriosa a su cuerpo inerte.

— Fin del espectáculo.

La fría brisa de la mañana araña mis mejillas y su fétido olor a pescado me golpea en la nariz. Me alejo unos cuantos pasos del borde del navío mientras se prepara para echar el ancla y me cubro bajo la capucha. Maldita isla. Puedo distinguir su deprimente figura a través de la densa niebla. Mérlobock, una vez más. Existen momentos en la vida de cada uno en los que se toman decisiones con determinación. Y francamente, pensé que la primera vez que pisé estas pantanosas tierras también sería la última. Muy sinceramente, esperaba que fuera la última.

Desciendo por la pasarela y camino unos cuantos pasos hasta detenerme en mitad del gentío. Bienvenida al estercolero Halfrings. Ya casi lo echaba de menos. Mejor dicho, no, no lo echaba de menos. Para nada. Y perderme por entre las callejuelas laberínticas de Brionne en busca de Kátsar no va a mejorar mi estado de ánimo. Por lo menos no está lloviendo. Sí, por lo menos no está lloviendo.

La agitación de una repentina disputa entre dos voces elevadas llama mi atención. Me acerco unos cuantos metros y actúo con disimulo.

— ¡Sandece! ¡No pagaré tal suma de dinero! ¡Ojalá el mar se trague este estercolero de ciudad! — Grita de los dos con desprecio el que parece ser el capitán de un barco. Tres frases, y no podría estar más de acuerdo con la última. Me cae bien este tipo. De pronto mi mirada celeste se afila y mis sentidos se aguzan.

— ¿A dónde se dirige capitán? — le dice un hombre alto y fornido tras interrumpir su retirada posándole la mano sobre el hombro. No logro verle la cara desde aquí. Pero el tipo que me cae bien, se da la vuelta y se percata rápidamente del mismo detalle que no puedo dejar de mirar: el largo espadón que tiene enganchado en su espalda.

— Al... norte de la isla, a buscar ballenas grises.

— ¿Tiene usted algún mapa del norte de Mérlobok? — pregunta el sospechoso sujeto con tono particularmente conciliador. ¿Es posible que acabes de llegar a Mérlobock? ¿Qué es lo que esperas encontrar en este desperdicio de isla? ¿Eres Kátsar y este es acaso mi día de suerte?

— Por supuesto que sí — nos contesta a ambos el capitán.

— Yo pagaré el amarre de su bonito barco — dice inmediatamente el sujeto. No sé quién eres. Pero voy a seguirte hasta salir de dudas.

Está bien, el tipo es escurridizo. Muy escurridizo. Está claro que no es un desentrenado. Lo que hace que mi curiosidad aumente. Debido a su insistente manía de comprobar que nadie le sigue me he visto obligada a perderle de vista durante unas cuantas calles. He tomado tal vez un riesgo demasiado elevado al tratar de intuir su recorrido para volver a cruzarme con su espalda varias bocacalles después. Doble suerte: la niebla que no me ha permitido aún verle la cara juega de todas formas a mi favor, y el sendero paralelo que escogí no acabó siendo un callejón sin salida.

Le observo atravesar la puerta de un edificio y me acerco con sigilo. No me fío de él. Y la paranoia recurrente encerrada en la cabeza de una maestra en trampas me alerta de que esta situación podría ser una de ellas. Mis pasos se detienen junto al marco de madera y alzo la vista. Por fin puedo distinguir un cartel en lo más alto mostrando un texto: "*La Sirena de Brionne*". Perfecto. Si yo fuera una sirena no pensaría en acercarme a Brionne. Preferiría dispararme con la ballesta en la cabeza. O tal vez es cierto y las sirenas existen. Y tal vez haya sirenas en Brionne, y todas se hayan disparado en la cabeza al darse cuenta del error. Por eso el olor a pescado podrido en esta maldita ciudad es tan intenso.

Espero unos cuantos minutos y me decido a entrar. Actúo con naturalidad aún cubierta bajo mi capucha y me siento en la primera mesa que encuentro. Mis expectativas de pasar desapercibida se desmoronan al instante cuando compruebo que el único alma sentada en la otra punta de aquel antro es mi enigmático compañero de juegos. Afortunadamente para mí, él parece estar prestándole más atención al plato frente a él y no se ha dado la vuelta para mirarme.

— ¿Qué tipo de carne es ésta? — pregunta sorprendido interrumpiendo al camarero justo cuando se separaba de la barra para servirme.

— Cordero, ¿qué va a ser?

— No he visto a los marineros del puerto vendiendo cordero — pregunta con tremenda desconfianza.

— No, claro que no. Se lo he comprado a Bílir, esta mañana.

— ¿Dónde puedo encontrar a ese tal Bílir? — añade irritándole — . Me gustaría comprarle un cordero — por supuesto. Y también te gustaría pagarle el amarre de su bonito barco, ¿verdad?

— Creo que ya se ha marchado de Brionne — como deberíamos hacer todos — , pero al parecer vende carne en el mercado de Lurianne, un pequeño pueblo a doce millas de aquí.

Empiezo a intuir hacia dónde se dirige todo esto. Me levanto mostrándole con un gesto mi repentina y exacerbada impaciencia al camarero y me largo de aquel lugar con rapidez. Cierro la puerta desde fuera y frunzo el ceño sin llegar a soltar el pomo. Tan sólo tengo unos cuantos minutos hasta que el sujeto termine su ración y decida

abandonar el local. Echo un vistazo a mi alrededor entre la niebla y encuentro un lugar casi óptimo para conseguir lo que me propongo. Me escondo y espero. Ya falta poco.

La puerta se abre y la silueta del enigmático portador del espadón se descubre. La luz del interior me ayuda a distinguir sus rasgos, mientras que la niebla es mi aliada ocultando los míos. Mis ojos se abren con expectación. Sonrío sin poder evitarlo. Es él. Sin duda alguna es Kátsar. Le sigo con ansiedad contenida en mi pecho hasta que me sorprende introduciéndose en un carroaje. Me acerco con agilidad para conseguir escuchar sus últimas palabras antes de ponerse en marcha.

— ¿Regresamos a la granja señor? — pregunta una voz desconocida.

— No — oigo decir a mi presa provocando un interesante escalofrío en mi espalda—, vamos a Lurianne. Tengo que hacer una visita a un tal Bílir.

No te equivoques, Kátsar. No te equivoques. No vas a Lurianne. Vamos a Lurianne.